



FOTO: Archivo Particular

LA REVOLUCIÓN OLVIDADA: EL PLEBEYO, EL PACTO Y LA FIEBRE DEL ORO — CÓMO UN PAÍS DE NADIE INVENTÓ LA REPÚBLICA MODERNA

Mientras Francia se desangraba en nombre de la libertad para parir dictaduras, trece colonias sin rey, sin pueblo y sin historia común emprendían el experimento más audaz de la modernidad: **construir una nación desde cero, gobernada por un hombre común. Este es el milagro inadvertido de la fundación americana.**

Hay una imagen que persiste en el imaginario colectivo. La de la democracia moderna naciendo en las calles de París, entre barricadas y cabezas rodantes. **La Revolución Francesa como el parto de la libertad, la igualdad y la fraternidad. El pueblo levantándose contra la tiranía. Es una**

imagen poderosa, cinematográfica, casi bíblica en su dramatismo.

Tiene solo un problema: **no es cierta.**

La Revolución Francesa no trajo democracia. Trajo el Terror de Robespierre, trajo el Directorio, trajo a Napoleón, trajo la restauración monárquica, trajo más dictaduras y tiranías de las que derrocó. **La democracia, como la entendemos hoy, es un invento del siglo XX. La Revolución Francesa fue muchas cosas, pero no fue el nacimiento de la democracia.**



FOTO: Adobe

El verdadero milagro revolucionario ocurrió al otro lado del Atlántico, y ocurrió en silencio, sin cabezas rodantes, sin guillotinas, sin himnos que hoy coreamos en las escuelas. **Ocurrió cuando un grupo de hombres —plebeyos, no nobles; comerciantes, no aristócratas— decidieron que un país podía gobernarse sin rey.**

La gran revolución de Estados Unidos, esa que nadie ubica como tal porque es terriblemente simple en su enunciado, es esta: un plebeyo va a gobernar el país. **Un hombre común, sin sangre real, sin título nobiliario, sin linaje, sin herencia dinástica. Un pelado como usted, como yo, como el que barre la esquina, va a sentarse en la silla más alta de la nación.**

Eso, que hoy nos parece obvio hasta el aburrimiento, fue en su momento una herejía política de dimensiones cósmicas. **Durante milenios, la humanidad había sido gobernada por reyes, emperadores, faraones, zares —todos ungidos por Dios o por la sangre, todos investidos de una autoridad que trascendía lo humano.** La idea de que un hombre común pudiera ocupar ese lugar no era solo radical: era ofensiva para el orden establecido.

Y, sin embargo, ocurrió. Y ocurrió no en un país con una tradición milenaria, no en una nación con un pueblo homogéneo, no en una tierra con una historia compartida. **Ocurrió en un país que no existía.**



FOTO: Stock

El problema de los pueblos que no son uno

Porque aquí está el detalle que pocas veces se cuenta: ***cuando los fundadores americanos se sentaron a diseñar su república, no tenían un pueblo. Tenían trece colonias que nunca habían estado unidas, que hablaban idiomas distintos, que profesaban religiones diferentes, que venían de tradiciones enfrentadas.*** Había ingleses y escoceses, alemanes e irlandeses, suecos y franceses y holandeses y españoles. Había luteranos y calvinistas, anglicanos y judíos y católicos. Se hablaba inglés, pero también francés, holandés, alemán, español.

¿Cómo formas un país con eso?

La respuesta de los fundadores fue un proyecto monumental: no iban a construir una nación sobre la base de una historia común ***—porque no la tenían— sino sobre la base de un pacto social, de una voluntad compartida de vivir juntos bajo unas reglas acordadas.*** No era un país con tradición: era un país que se estaba inventando.

Y para eso necesitaban una narrativa. Una historia que contar que hiciera que toda esa gente tan diferente sintiera que valía la pena estar unida. ***Un ideario común que trascendiera las diferencias de lengua, de fe, de origen. Algo que no existía y que había que crear de la nada.***

La fiebre del oro como política de Estado

Pero había un problema adicional, más terrenal pero igualmente existencial. ***El territorio era inmenso. Las trece colonias originales ocupaban apenas una franja en la costa este. Al otro lado de los Apalaches se extendía un continente entero, vasto, desconocido, sin colonizar.*** Y si no lograban que la gente lo poblara, lo perderían, como le pasó a México con sus enormes territorios del norte, despoblados y vulnerables.

El problema es que la gente ya tenía casa. Ya vivía en la costa, ya había construido su vida, ya estaba cómoda. ***¿Cómo convencer a alguien de dejarlo todo y aventurarse hacia lo desconocido?***

La respuesta fue una de las estrategias más brillantes y menos reconocidas de la historia: la fiebre del oro. No fue un accidente, no fue un rumor espontáneo. **Fue una narrativa deliberadamente construida para mover población hacia el oeste. Haz correr la voz de que hay oro más allá de las montañas, y los aventureros soltarán sus casas, sus tierras, sus comodidades, y se lanzarán al vacío con la esperanza de una riqueza que quizás no existe.**

La fiebre del oro no fue solo codicia. Fue política de expansión territorial ejecutada a través del sueño americano.

La lección para hoy

Hay algo profundamente aleccionador en esta historia. **Estados Unidos no nació de una tradición, sino de una decisión. No de una historia compartida, sino de un pacto por construir. No de un pueblo preexistente, sino de un proyecto deliberado de crear uno.**

Las izquierdas latinoamericanas, que tanto hablan de revolución y de cambio estructural, harían bien en estudiar este experimento. **Porque la revolución americana no fue violenta, no fue espectacular, no tuvo guillotinas ni himnos épi-**

cos. Fue simple, casi aburrida en su planteamiento: un plebeyo va a gobernar. Y, sin embargo, cambió el mundo para siempre.

Hoy, cuando vemos la fragilidad de nuestras democracias, cuando asistimos a la erosión de la confianza en las instituciones, cuando la polarización amenaza con desgarrar el tejido social, vale la pena recordar que la democracia no es un producto de la historia, sino un acto de voluntad. **Que no se hereda, se construye. Que no se recibe, se conquista.**

Y que a veces, para construir un país, no hace falta un pasado común. **Basta con un futuro compartido.**

Sobremesa

La próxima vez que alguien te hable de la Revolución Francesa como el origen de la democracia, pregúntale: **¿y dónde está la democracia que parió? La respuesta es incómoda. Porque la verdadera revolución democrática no ocurrió en París, sino en Filadelfia.** Y no la hicieron filósofos iluminados, sino hombres prácticos que entendieron que, para gobernar un país sin rey, primero había que inventar el país.



**ABEL
ENRIQUE
SINNING
CASTAÑEDA**

 **abesica61**